

BOLETIN OFICIAL

DEL

Obispado de Osma.

NOS EL DR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO Y UBAGO,
*por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Obispo de Osma, Señor de las Villas del Burgo, Utero y
las dos Quintanas-Rubias, etc., etc.*

*Al venerable Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral,
al venerable Abad y Cabildo Colegial de Soria, y á los Arci-
presbiteros, Párrocos y demás Clero, á las Comunidades
religiosas y á todos los fieles del Obispado.*

Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Semper mortificationem Jesu in corpore
nostro circumferentes, ut et vita Jesu ma-
nifestetur in carne nostra mortali.

Trayendo siempre la mortificación de
Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida
de Jesús se manifieste también en nuestros
cuerpos.

(II COR. IV. 10.)

Venerables Hermanos y Amados Hijos.

COMIENZA la Iglesia nuestra Madre la Santa Cua-
resma, en la que ya nos encontramos, con una cere-
monia imponente, que se presta á la más seria y pro-
vechosa consideración. Es la ceremonia de la santa

ceniza que se impone lo mismo sobre la cabeza de los príncipes que sobre la de los vasallos; á los sacerdotes como á los fieles. Y á todos, cuando la recibimos, se nos dice: *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Acuérdate, hombre, que eres polvo y que te has de convertir en polvo.* Escúchenlo los hombres ambiciosos que solo piensan en atesorar riquezas, como si siempre las hubieran de poseer; esas riquezas son polvo y en polvo se han de convertir. Por esto no debemos querer atesorar en la tierra, donde el orín y la polilla consumen las riquezas y los ladrones las roban, sino para el Cielo, en donde nadie podrá usurparlas. Oigan los que se ocupan en levantar suntuosos castillos en la tierra para satisfacer su vanidad y no se acuerdan de preparar una morada en el Cielo; esos palacios que aquí se construyen, por sólidos y consistentes que parezcan, son polvo y en polvo se han de convertir. Considerénlo atentamente los hombres libertinos y sensuales, que regalan su cuerpo con todo género de viandas y placeres materiales; esos cuerpos que tanto miman son polvo y han de convertirse en polvo.

Y por más que algunos no quieran oír esa terrible sentencia, en ellos como en todos se ha de cumplir. Fulminada fué por Dios en el momento de la desobediencia de nuestros primeros padres, que escucharon tan memorables palabras, y cumpliéndose vienen sin interrupción en toda la serie de siglos. Para que las tengan presentes y mediten, la Iglesia las dice á sus hijos el miércoles de ceniza al imponerles ésta sobre sus cabezas; ceremonia veneranda que no ha de tenerse como estéril, sino que es altamente significativa y digna de ser mirada con profundo respeto. Porque ¿qué es lo que significa esa ceremonia? La ceniza, no solamente en la nueva ley sino también en la antigua, fué siempre tenuta como símbolo de penitencia, como imagen de aflicción y dolor. Se lee en el libro segundo de los Reyes que queriendo Tamár testificar

su quebranto y dolor se roció la cabeza con ceniza (1). Hablando Job con el Señor decía: «Yo me acuso á mí mismo y hago penitencia en el polvo y en la ceniza (2)». Aterrados los Israelitas al acercarse Holofernes, y queriendo los sacerdotes aplacar la indignación del Señor, le ofrecieron sacrificios, teniendo las cabezas cubiertas de ceniza (3).

Por lo que hace á la nueva ley, bien sabido es que echando en cara Jesucristo á los de Corazain y Betsaida su endurecimiento é indocilidad, les dice que si los milagros que se obraron entre ellos se hubieran obrado en Tiro y Sidón, estas Ciudades hubieran hecho penitencia con el saco y la ceniza (4). Merecen citarse en testimonio y confirmación de esta práctica las palabras de S. Ambrosio quien afirma que la ceniza debe distinguir al penitente: *Cinere aspersum, et opertum cilicio corpus perhorrescat* (5). Por esto la Iglesia, con tanta sabiduría como bondad, principia la Santa Cuaresma con la piadosísima ceremonia de la ceniza, para recordar á sus hijos que deben hacer penitencia, muy especialmente en este santo tiempo, recordando lo que Jesucristo, cuya pasión y muerte hemos de conmemorar, sufrió por nosotros, y preparándose para una buena confesión y para celebrar santamente y con fruto el gran misterio de la Resurrección del Señor.

Pero, sobre todo en los tiempos actuales, estas palabras, *sacrificio, mortificación y penitencia*, inspiran horror á no pocos cristianos, que llevando una vida muelle y regalada, solo piensan en la felicidad presente, que es pasajera y ficticia, y se olvidan de la eterna, que es la verdadera. Pues no hay remedio, hay que hacer penitencia y preciso es mortificarse para conseguir el reino de los Cielos. Ved por qué, Venerables hermanos y amados hijos, Nos ha parecido oportuno hablaros en esta Carta pastoral de una virtud muy preciosa, con la

(1) XIII.—(2) Job, 42.—(3) Judit, XIV.—(4) Mat. XI.—(5) Lib. I ad Virg.

que se alcanzan muchas: de la *mortificación cristiana* poniéndoos de manifiesto la necesidad de hacer penitencia; asunto de gran importancia para todos los tiempos y muy especialmente para el de la Santa Cuaresma en que nos encontramos.

El hombre por el pecado original no solamente perdió la gracia santificante, sinó que sus mismas facultades naturales quedaron vulneradas. Mientras que se conservó en gracia tenía el señorío sobre si mismo: la carne estaba sujeta al espíritu y el espíritu á Dios, más pecó y se alteró esta armonía, comenzando á sentir la rebelión de las pasiones contra la razón y de esta contra Dios. Pecando el hombre, desapareció aquella conformidad que existia entre la parte inferior y la superior, la sujeción del apetito á la razón. Antes del pecado todo le era fácil para vivir en paz con su Dios; más después del pecado, oscurecido el entendimiento, enfermo el libre albedrío, flaca y debilitada la voluntad para lo bueno, inquieta y desasogada la imaginación, derramada la memoria, llagada la naturaleza, desenfrenados los apetitos, encuentra dificultades y estorbos para obrar el bien, para andar por el camino de la virtud. Tiene que luchar. ¿Cómo saldrá victorioso en la pelea? Hay que despojarse del hombre viejo para revestirse del nuevo. ¿Cómo se verificará esta renovación? Por medio de una constante y bien entendida y practicada mortificación.

Los enemigos que nos salen al encuentro y combaten son formidables. El demonio con sus astucias y maquinaciones; el mundo con sus halagos y seductoras vanidades; la carne con sus apetitos y concupiscencias. Cierto es que por el Bautismo se nos perdona el pecado original. Pero subsiste la concupiscencia, la rebelión de los bajos apetitos, el *fomes peccati* de que hablan los teólogos. El afán de riquezas, el deseo de placeres, la ambición de los honores le perturban é inquietan, arrastrándolo hacia la culpa y el mal. Tam-

bien es cierto que Dios no abandona al hombre; que le asiste y protege con su gracia; que no permite que sea tentado mas de lo que puede resistir y que si el hombre delinque es por su culpa, porque quiere, por el abuso de su libertad que se le dió para obrar el bien con mérito y la emplea muchas veces en ofender á su Dios y Criador. Pero el hombre debe cooperar á los auxilios del Cielo y servirse, para obtener la victoria contra los enemigos, de medios oportunos y conducentes. ¿Qué soldado va á la guerra sin armas? No le bastará para triunfar ser guiado por experto caudillo, por ilustre y aguerrido general. Necesita de armas para combatir. Pues lo propio sucede en las luchas de un orden moral: en las batallas del espíritu. Hay que servirse de armas, y estas son principalmente la oración y la mortificación.

Ambas deben juntarse y se ayudan mutuamente, porque, como dijo el Arcangel Rafael á Tobías: *Bona est oratio cum jejunió* (1).

Y se comprende y explica perfectamente esta relación que existe entre la mortificación y la oración. Ayuda á esta la primera, porque cuando el hombre refrena sus apetitos y vence sus pasiones, en lo cual muy principalmente consiste la mortificación; cuando mortifica sus sentidos y macera su cuerpo con penitencias y ayunos, el espíritu queda más pronto y dispuesto para elevarse á las cosas del Cielo y comunicarse con su Dios en fervorosa y devota oración; mientras que si los regalos y dulzura de la tierra le arrastran y mueven, sin que procure cortar excesos y demasías corporales, sino cuidando tan solo, por el contrario, de complacer y dar gusto á su cuerpo, entonces no hay que esperar que sienta otros consuelos y goces, incomparablemente mas preciosos, que son los del alma, ni que su oración sea fervorosa, ni regalado é in-

(1) Tob. xii, 8.

timo su trato con Dios, ni que su espíritu se derrame dulce y suavemente en la presencia divina. Por donde ya se dejan ver y vamos conociendo los frutos y excelencias, las conveniencia y necesidad de la mortificación cristiana. ¡Bendita mortificación por la que los mismos abrojos y espinas se convierte en aromáticas flores espirituales y producen copiosísimos y sazonados frutos de virtud!

Mas por lo mismo que la mortificación cuesta, porque al practicarla se lucha contra inclinaciones y apetitos que hay que vencer haciéndose violencia, se necesitan para adquirirla y poseerla los auxilios del Cielo que se alcanzan en la oración, medio ordinario para recibir las gracias y favores divinos, infiriéndose de estos principios que así como la mortificación es poderoso auxiliar de la oración, también ésta ayuda eficazmente para aquella. Y, en verdad que así es; porque un hombre, un cristiano de oración, que diariamente medita, que no omite los ejercicios espirituales y que anda continuamente por medio de fervorosos suspiros y jaculatorias en la presencia de Dios, siente en su interior generosidad, alientos y buen ánimo para abrazarse con la Cruz, imponerse voluntarias penitencias y recibir de buen grado las tribulaciones y angustias, sucediendo además no pocas veces que las mismas vigiliass y otras privaciones que la oración supone ya son meritorios actos de penitencia y mortificación, con los que agrada no poco al Señor.

En el cuerpo y en el alma debemos ser mortificados porque ambas mortificaciones, la corporal y la espiritual, son buenas y muy agradables á Dios que desea nuestro bien. Por lo que se refiere á la primera, siendo el cuerpo como asiento y morada de la concupiscencia y sus órganos medios é instrumentos de que se sirve para combatir el alma, salta á la vista la necesidad que hay de refrenarlo y mortificar también los sentidos corporales. Confórmase esta doctrina con la que ense-

ña el Apóstol S. Pablo cuando escribiendo á los Romanos les dice: No ofrezcais vuestros miembros al pecado como instrumento de iniquidad, sino ofrecedlos á Dios como instrumentos de justicia. (1) Así debemos hacerlo, y si queremos vernos libres del pecado, que es mal sobre todo mal, requierese que tengamos especial cuidado en moderar nuestros sentidos para que se contengan siempre dentro del justo y honesto límite.

Dios nos ha dado la vista, sentido tan precioso, para que elevemos nuestros ojos al Cielo, contemplemos las maravillas de la creación y enderecemos nuestras miradas á cosas honestas y lícitas. Pues obligados estamos á usar bien y rectamente de nuestros ojos y apartarlos de todo aquello que pueda ser incentivo del pecado y manchar nuestra alma. Lo mismo decimos del oído, que lo hemos de aplicar también recta y ordenadamente, mortificándolo cuanto sea necesario para no escuchar críticas, murmuraciones, palabras y cánticos indecorosos ó menos honestos. Y muy particularmente hemos de mortificar el paladar y ser sobrios, no excediéndonos en la comida ó bebida, ni anhelando manjares exquisitos, ni mostrando afán en satisfacer el gusto ó poniendo en esto la felicidad, porque, la gula es uno de los pecados capitales y causa gravísimos daños espirituales. Y conviene notar ó advertir, hablando de los sentidos, que es muy útil y provechoso mortificarlos, no solamente para que se aparten de lo ilícito, sino aun en aquellas cosas que son indiferentes ó de las que se podría gozar sin pecado, porque con esas privaciones se adquiere mucha facilidad para abstenerse de las cosas ilícitas y se contrae el mérito que hay siempre en el sacrificio hecho y ofrecido por amor de Dios.

Si hemos de tener en gran estima la mortificación corporal, mucho más hemos de apreciar la del alma.

(1) Rom. VI, 13.

para que no ame lo que debe odiarse, ni odie lo que se debe amar, ni piense en lo que no es lícito ó no conviene pensar, ni quiera lo que no se debe querer: en una palabra para que emplee santa y ordenadamente sus potencias y facultades, evitando cualquier abuso ó que se extralimiten, en lo cual mostraria el hombre suma y destestable ingratitud al Supremo Creador que le ha enriquecido con dotes nobílisimas para que le ame y sirva, enderezando todos sus actos, como es justo que lo haga, al fin para que ha sido criado.

Sin penitencia y mortificación no reinará en las costumbres el orden y moralidad, y los pueblos y los individuos vendrán á caer, no en las manos de los hombres, sinó, lo que es mas temible, en las de Dios justiciero, segun estas palabras del Eclesiástico: *Si paenitentiam non egerimus, incidemus in manus Domini, et non in manus hominum.* (1) Por esto decía el Apostol S. Pablo; «Castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre, no sea que, después de haber pecado los demás, me encuentre yo tambien reprobado.» (2) Aprendamos del Real Salmista que exclamaba: «Segun vuestras órdenes, Señor, he marchado por el duro camino de la penitencia.» (3) Grabemos en nuestra memoria las palabras de S. Ambrosio al Emperador Teodosio: «Ya que habeis imitado á David en su extravio, imitadle en su penitencia.» Tengamos como dichas á nosotros las de S. Pablo á los Colosenses. *Mortificate membra vestra.* Mortificad vuestros miembros. (4) Sirvannos de ejemplo los Nínivitas que al oir la voz de Jonás que gritaba: «Dentro de cuarenta dias Nínive será destruida,» creyeron al Señor, publicaron un ayuno, y se cubrieron de cilicios, desde el mayor hasta el más pequeño. Aprendamos del Bautista que en las riberas del Jordán predicaba penitencia y la practicó con tanta aspereza y rigor durante toda su vida. Pero, sobre todo, tengamos presen-

(1) II, 28.—(2) Cor. IX, 27.—(3) XVI, 5.—(4) III, 5.

tes las divinas enseñanzas y sublimes ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo.

Nadie como el Maestro divino sabe lo que al hombre conviene y lo que sus discípulos deben hacer para seguirle y alcanzar el reino de los Cielos. En su escuela hemos de aprender porque nos enseña con palabras de eterna verdad y sabiduría infinita, y sus máximas, enteramente opuestas á las del mundo, son las que hemos de practicar si queremos ser del número de sus discípulos, para contarnos un día en el de sus escogidos, lo cual nadie habrá seguramente que no lo quiera; pero no basta quererlo; hay que procurarlo y se logra con la mortificación, según estas instructivas é interesantísimas palabras: *El reino de los Cielos padece violencia, y le arrebatan los que se mortifican. Tanto adelantaremos en el camino de la virtud cuanto nos mortifiquemos.* Y qué es lo que nos dice y enseña Jesucristo? Oigámosle con la veneración mas profunda: *Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.* Abnegación y amor á la cruz, que cada uno tome la suya, que se conforme y resigne con su posición, que sufra con paciencia las dificultades que se le presenten, que bendiga á Dios en los trabajos, que no se inquiete ni altere en las tribulaciones, que se sufra por amor á Cristo las penas y tormentos que le vengan, esto es lo que es llevar cada uno su cruz, y lo que debe hacerse para ir en pos de Cristo, siguiéndole además por el camino que nos señale. Por muy pesada que sea nuestra cruz, nunca lo será tanto como la de Jesucristo; por crueles tormentos que padezcamos, no igualarán á los del Maestro divino; por sangriento y penoso que sea nuestro calvario, nunca podrá compararse con el de Jesucristo, que siendo inocente cordero y el Santo de los santos, en toda su vida y principalmente en su pasión sacratísima, desde su nacimiento hasta la muerte, que fué en una cruz despues de haber derramado hasta la última gota de su sangre preciosísima,

sufrió y padeció los mas atroces tormentos por nosotros pecadores. Amar, por lo tanto, debemos la cruz, como la amó el Apóstol S. Pablo, que decía: *Lejos de gloriarme en otra cosa sinó en la cruz de mi Señor Jesucristo*; (1) ser amantes de padecer por Cristo como aquella insigne virgen castellana, Sta. Teresa de Jesús, que exclamaba: *Dios mio, padecer ó morir*.

Hablando de mortificación y encontrándonos en el santo tiempo de Cuaresma, no podemos menos de llamar vuestra atención, fieles amadísimos, sobre la observancia del ayuno, en cuanto este es ley de la Iglesia, madre amantísima que al imponer este como todos los demás preceptos, mira por el bien de sus hijos. Y respecto al ayuno, tan grato y aceptable á Nuestro Señor Jesucristo que lo santificó con su ejemplo, es de notar que no solamente aprovecha para la salud espiritual sinó que generalmente hablando conviene para la del cuerpo, sobre todo el ayuno de Cuaresma atendida la estación del año en que se celebra.

Conmemórase por el ayuno cuadregesimal el de Jesucristo en el desierto, á donde, inmediatamente antes de comenzar la vida pública, se retiró por espacio de cuarenta dias, ayunando en ellos y sus noches rigurosamente. Así quiso prepararse, aunque era Dios, para dar comienzo á sus predicaciones y obrar los prodigios y maravillas que habia de realizar. ¡Qué ejemplo y que enseñanza para nosotros! El ayuno de Jesucristo fué prefigurado por el de Moisés que tambien ayunó cuarenta dias antes de que la ley antigua fuese promulgada. Merece, pues, que se mire con especial veneración y respeto el ayuno de la Santa Cuaresma que nos recuerda el de Jesucristo y que se tiene como de institución apostólica porque ha sido observado en todos los tiempos de la Iglesia, como lo declaran San Jerónimo, que escribiendo á Marcelino dice: «Ayunamos cuarenta días según la tradición apostólica»

(1) Gal. vi, 14.

(1) y San León que exhortando á los fieles á que hagan penitencia, les habla de esta manera: «Guárdese la ordenación apostólica perfectamente durante cuarenta dias de ayuno.»

Pero no es solamente el ayuno de Cuaresma el que debe observarse, sino que obligados tambien estamos á guardar los demás que por la Iglesia estan preceptuados. Lo manda la Iglesia, que es nuestra madre y tiene autoridad, y esto debe bastar á sus hijos los católicos para observarlo. Además, la Iglesia obra siempre, y muy particularmente al establecer los ayunos con gran sabiduría, mirando por el bien y salvación de las almas. Así como el ayuno cuadregesimal tiende á que nos preparemos para celebrar santamente la Pascua, con los de Adviento, que así como el de Cuaresma, es tambien tiempo de penitencia, se propone la Iglesia que nos dispongamos para la fiesta solemnísimá del Nacimiento de Jesucristo. Los de las cuatro Témporas sirven para ofrecer á Dios las diversas estaciones del año y pedirle que conceda santos y dignos Ministros á su Iglesia, así como los que preceden á las grandes festividades son preparativos de estas.

Y no se diga en contra del ayuno que es ley dura y penosa. Aunque lo fuese, no por eso deberían considerarse exentos los fieles. Ciertó es que supone y lleva consigo alguna mortificación; pero esta es altamente provechosa y saludable por las grandes ventajas y copiosísimos frutos espirituales que se siguen, habiendo, por otra parte, razón y motivos muy fundados para imponerlo. Pero no es verdad que el ayuno cueste y mortifique tanto como suponen los que no reparan en mortificaciones y sacrificios para contemporizar con la moda y sus exigencias, para seguir las corrientes modernas, para cumplir perniciosas leyes del mundo, con grave detrimento muchas veces de su salud é intereses,

(1) Epístola 54.

mientras que olvidan, desprecian ó quebrantan las suaves, convenientes y prudentísimas leyes de la Iglesia. Incomparablemente más difícil y penoso era el ayuno según la antigua disciplina eclesiástica y, sin embargo, los primeros cristianos lo observaban fidelísimamente. No les imitan muchos de los que en los actuales tiempos se llaman con tan hermoso nombre, aunque la Iglesia, madre amorosa, ha suavizado y hecho más fácil el ayuno. Es que va desapareciendo el espíritu de mortificación y muchos solo piensan en regalar á su cuerpo y satisfacer sus apetitos. Pero ¡ay! no se librarán de sufrir porque rechacen la penitencia. Les atormentarán crueles remordimientos, y por no observar ahora la suave ley del ayuno y de la abstinencia que obligaba bajo pecado mortal á los comprendidos en la misma ley por la Iglesia, tendrán que sufrir y padecer eternamente las terribles penas del infierno. ¿Asusta esto? Pues la doctrina que exponemos es tan clara como cierta; es la que se enseña y aprende en el catecismo.

Verdad es que hay causas, como la enfermedad, ciertos trabajos materiales y algunas otras, que eximen de la ley del ayuno, aunque se hayan cumplido veintiun años, que es cuando comienza á obligar, debiendo consultar en caso de duda; pero muchos se excusan con frívolos pretextos que no han de valerles en el día del juicio, y mientras que para ayunar fingen no tener salud, aparentan tenerla muy robusta para entregarse á diversiones y excesos en los que muchas veces se quebranta y pierde.

Debe, pues, observarse fielmente la ley santa del ayuno, como también el precepto de abstinencia de carnes y otros manjares, que en los días señalados por la Iglesia es obligatorio á todos los fieles que tienen uso de razón. En muchos de estos días se dispensa por la Santa Bula, y ya que tan benigna se manifiesta la Iglesia, recomendamos á nuestros fieles diocesanos, no solamente por este privilegio, sino por las muchas

gracias espirituales que hay concedidas, que tomen las santas Bulas como las tomaron siempre sus cristianos antepasados.

Más para que el ayuno produzca frutos dignos de penitencia, es necesario que se observe y cumpla con el espíritu de nuestra Santa madre la Iglesia: no por hipocresía ni por avaricia. A este fin nada Nos parece tan oportuno y pertinente como recordar algunas palabras que se leen en el Evangelio que la Iglesia canta en el Miércoles de ceniza: *Y cuando ayuneis, no esteis tristes como los hipócritas; porque demudan sus caras, para hacer ver a los hombres que ayunan. En verdad os digo que recibieron su galardón. Más tu cuando ayunes unge tu cabeza y lava tu cara. Para no parecer á los hombres que ayunas, sino solamente á tu Padre que está en lo escondido: y tu Padre que vé en lo oculto, te galardonará.* Si estas palabras son elocuentes y significativas contra la vanagloria no lo son menos contra la avaricia las que siguen: *No queráis allegar para vosotros en la tierra donde orín y polilla los consumen: y en donde los ladrones los desentierran y roban. Mas allegad para vosotros tesoros en el Cielo, en donde no los consume orín ni polilla: y en donde ladrones no los desentierran y roban* (1). La humildad, desinterés y abnegación han de acompañar nuestras penitencias y demás obras si queremos que sean meritorias y gratas á Dios Nuestro Señor.

De poco serviría el ayuno corporal si con él no estuviese unido al ayuno espiritual que consiste en la abstención del pecado y en la fuga de las ocasiones en que haya peligro de ofender á Dios. A la penitencia corporal ha de acompañar el dolor del corazón por las culpas cometidas, y no será verdadero ese dolor si no se concibe y tiene un santo odio al pecado; si no se forma una resolución seria, un propósito firmísimo no de cometerlo. Y con este dolor sincero de haber ofendido á

(1) Math. vi.

Dios, con esta firme resolución de no volver á pecar, de huir de las ocasiones y peligros de ofender á Dios, Padre amantísimo, cuyas misericordias son infinitas, debeis acercaros, sacudiendo la pereza, confiando en las bondades divinas, á recibir el sacramento de la Penitencia, que es el Sacramento del perdón, y hallaréis la gracia bebiendo las aguas purísimas de esa saludable piscina, y con la gracia la alegría espiritual, la reconciliación con Dios y la vida del alma.

Procuremos estar muertos para el mundo; aun más: estar crucificados con Cristo, subiendo con Él al Calvario, poniendo en práctica, como buenos discípulos del divino Salvador, esta sublime é inspirada amonestación del Apóstol San Pablo: *Los que son de Cristo crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias* (1). Seamos nosotros verdaderamente de Cristo, y para serlo ya sabemos el camino: estar muertos á la culpa, muertos al pecado, muertos al mundo, muerto el hombre viejo; detestar los vicios, refrenar los apetitos, vencer las pasiones, vivir crucificados con Cristo.

Hemos de vivir, como el Apostol dice, *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris*; trayendo siempre la mortificación en nuestras cuerpos, para que la vida del mismo Jesus se manifieste en nosotros (2).

Si en esta vida, que es de tránsito y de paso, porque somos desterrados en valle de lágrimas, peregrinos que debemos ir caminando hacia la Patria, tenemos que sufrir y luchar, esperemos que no ha de faltarnos la gracia de Dios, lo cual es motivo de santa alegría y gozo; anímenos lo mucho que el Divino Mártir del Gólgota, Jesucristo, sufrió y padeció por nosotros; pensemos en el Cielo; sírvannos de aliento y consuelo estas venturosas y dulcísimas palabras del Apóstol á los Romanos: *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad*

(1) Gal. v, 24.—(2) II. Cor. iv, 10.

futuram gloriam quae revelabitur in nobis. (1) No igualan ni tienen que ver las penas y tribulaciones de este mundo con la gloria que esperamos». Esa gloria, la gloria de la Jerusalem celeste, es, Venerables Hermanos y amados hijos, la que de todo corazón os deseamos, bendiciendoos con toda la efusión de nuestra alma en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de el Burgo de Osma, firmada de nuestra mano y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno á quince de Febrero de mil novecientos siete.

† JOSÉ MARÍA, Obispo de Osma.

Por mandado de S. Sria. Ilma. y Rvdma.
el Obispo, mi Señor,
DR. MANUEL MARÍA VIDAL,
Arcediano Srio.

Dése lectura de esta Pastoral en la forma acostumbrada en uno ó más días festivos.

NOS EL DR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO Y UBAGO,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
Obispo de Osma, Señor de las Villas del Burgo, Ucero
y las dos Quintanas-Rubias, etc., etc.,

Y EL ABAD Y CABILDO DE LA INSIGNE IGLESIA COLEGIAL DE SORIA

HACEMOS SABER: Que por promoción a la Dignidad de Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral de Calahorra del Lic. D. Juan García Plaza, se halla vacante la Canongía Magistral de dicha Insigne Iglesia, cuya provisión Nos corresponde por derecho, previo concurso de oposición.

Por tanto y por el presente Edicto, llamamos á todos los que, siendo Presbíteros ó en circunstancias de serlo *intra annum adéptae possessionis*, quieran oponerse á dicha Canongía, para que en el término de *sesenta días*, contados desde la fecha, que concluirán en 9 de Abril próximo y que Nos reservamos prorrogar si lo estimáremos conveniente, comparezcan por sí ó por legítimo representante en la Secretaría Capitular á firmar la oposición,

(1) VIII, 18.

acompañando la partida de Bautismo legalizada, el título de Orden que hayan recibido, el de Doctor ó Licenciado en Sagrada Teología dado por cualquiera de los Seminarios Centrales, Universidad Pontificia ó de las aprobadas canónicamente en estos Reinos, ó por la de Bolonia, habiendo sido colegiales en el de San Clemente de los Españoles; las testimoniales de sus respectivos Prelados con la relación de méritos; y además la habilitación competente original, si fuesen regulares de cualquier orden, y aunque estén ligados con votos simples. Con estos documentos, y reuniendo por otra parte las demás cualidades prescritas por el Derecho y Estatutos de esta Iglesia Colegial, serán admitidos á los ejercicios de oposición, los cuales consistirán en una hora de lección latina, con puntos de veinticuatro, sobre la proposición que fijen, sacada de la Distinción que eligieren de las que por suerte les tocaren en tres piques de los tres primeros libros del Maestro de las Sentencias; en sostener á continuación por espacio de otra hora dos argumentos de sus coopositores; y argüir á su vez á dos de estos por espacio de media hora sobre las proposiciones que defendieren; y predicar en castellano por espacio de una hora con término de veinticuatro sobre el capítulo del Evangelio, que igualmente eligieren de los que en suerte les cupieren en tres piques. Terminados que sean los ejercicios, se hará la elección canónica en el sugeto que pareciere mas digno y más apto al servicio de Dios y de esta Insigne Iglesia, quedando obligado á lo que se ordena en los nuevos Estatutos. El electo, además de las obligaciones comunes á todos los señores Canónigos, tendrá la especial de predicar por sí, ó á sus expensas por otro eclesiástico con aprobación del Obispo y Cabildo, si estuviese legítimamente impedido, catorce sermones cada año en los dias que se le designe y alguno otro, que por motivo extraordinario le encomiende el Prelado y Cabildo. Por último, el elegido no podrá ejercer cargo que le impida residir la referida prebenda y cumplir las obligaciones que le son ajenas, conforme á la Constitución de Urbano VIII, de feliz recordación, de 21 de Noviembre de 1635.

En testimonio de lo cual, hemos acordado expedir el presente, firmado por Nós y el Abad, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por el infrascrito Secretario Capítular.

Dado en Soria á nueve de Febrero de mil novecientos siete. —†JOSÉ MARIA, *Obispo de Osma*.—Lic. Santiago Gomez Santacruz, *Abad*.—Por mandado del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Abad y Cabildo, Vicente Molina Lucia, *Canónigo Secretario*.

SUMARIO.

Pastoral acerca de la *mortificación cristiana*.—Edicto para la Canongía Magistral de Soria.